

Garzón está por verse

Perfil por Ana María Cano

Asesinar a un humorista político, a un pacifista activo, de cuya neutralidad nadie dudaba, arroja un primer resultado: les salió el tiro por la culata

Regulares para la vida, los habitantes de este país nos hemos vuelto, a cambio, especialistas en la muerte. Los profesionales, –sin recesión en esta materia– pues, en ese producto interno bruto (bien bruto), crecemos de primeros. La producción de muerte está toda repartida, no está concentrada ni tampoco resulta discriminatoria. La vida, por su parte, aquí está más desalentada. La vida es un caso aislado, como dicen los boletines policíacos.

Y eso, la vida individual, esa que puede sobrevivir a la producción de atentados, de secuestros, de atracos, de torturas físicas y mentales, de descorazonamientos como el que aportan puntuales los medios de comunicación –especialmente los visuales, que son los más consagrados a la muerte en Colombia–.

Porque en cuanto a la vida colectiva somos todavía más imperceptibles: no encontramos qué hacer juntos sin estorbarnos, a menos que nos hayan dado trago o nos hayan puesto un balón de por medio, o que cante el Rey del Despecho. Estos colombianos que somos ineptos para la vida individual y la colectiva, estos mismos, como si nos hubieran dado a todos algo raro, hicimos un ensayo general para la vida el fin de semana pasado. El sábado y el domingo y hasta el lunes que fue día de fiesta, como si fuera una corriente, o un corrientazo, que recorrió el espinazo de este país quebrado, quebrado en el ánimo, en la geografía... corrió un arroyo con lágrimas



Cualquier solución trae nuevos problemas: otra ley de Murphy

como no se había visto verter antes (cuando Gaitán, cuando Galán, ahora cuando Garzón: somos mortalmente buenos para la rima), en este país que es la médula de la insensibilidad, en esta tierra de los campeones mundiales del asesinato, aquí mismo, esos tres días lloramos y hablamos y hablamos y arriesgamos y nos sinceramos como particularmente no recuerdo yo haber visto antes.

Y eso que tuvimos tantos motivos comparables, cuando otros asesinos igual de brutos, acabaron con unos que no sabían quiénes eran, pero sí cuánto “valía” su cabeza: Héctor Abad, Guillermo Cano, Luis Carlos Galán, Álvaro Gómez, Mario Calderón, Elsa Alvarado, Hernán Henao... cientos de colombianos asesinados, pero, esta vez primera, no hubo encierro, ni miedo, ni aislamiento. Parecía, dijo alguno, un sicoanálisis colectivo, hecho en la calle, a la vista y el oído de los demás, para que se contagiara, y estuvieron gritando, disfrazándose, simbolizando lo que pensamos y sentimos todas las personas distintas que vivimos en este país y que nos vimos por esta vez, juntos, muchos, y no atemorizados.

Los asesinos de Jaime Garzón madrugaron ese viernes 13, detrás de él, a quien supusieron con razón, muy fácil de matar: un hombre desarmado que iba a su trabajo en un automóvil sin blindajes, sin guardaespaldas, con la ventanilla abajo, como sus defensas. Dicen que cargaba una bandera de Colombia ya sucia y arrastrada por el uso —él era bueno para producir símbolos— para que se la pusieran encima cuando lo mataran. No era una invocación ni una provocación, era la certeza de cada colombiano de que si algo es probable es esa muerte prematura, intempestiva, ciega, con la que han callado un talento en pleno uso, como el suyo, y a otros miles. Han callado su entrega revestida de un amor por este país, él que entendió que sí podía servir para transformar las cosas y no dejarlas tiradas como las había encontrado.

Garzón le dio a este país durante su vida de 39 años, una transfusión de sangre nueva. Dados como somos, a la mala sangre de desconfiar, a la sangre hervida de los odios, a la sangre discriminada de los distintos tipos de origen, a la sangre derramada y a la sangre estancada del despecho, esa que se complace en el dolor, Garzón puso a circular todo lo que podía hacer latir su talento y afecto. Conocedor bueno de este país, por sus propios pies y su lengua; recopilador de sus personajes desconcertantes y de la asombrosa capacidad individual, en lugar de quedarse como politólogo en una de esas garitas intelectuales que suministra La Academia, Garzón escogió hacer política de una manera propia: haciendo humor político,

marcando sus distancias de todos los que ejercen la política en este país. Sus personajes encarnaron ensayos distintos de ser colombianos; fueron: el portero del edificio Colombia Néstor Elí; el lustrabotas metido a politólogo Heriberto de La Calle; el militante hippie John *Lennin* compañero; el bipartidista político Godofredo Cínico Caspa; la estudiosa “light” de Ciencias “Po” Inti de La Hoz; el gallinazo periodista que cubría muertos y noticias judiciales Frankenstein Fonseca y el reportero requeuteusado por sus fuentes William Garra; el rico mortalmente aburrido, que se parecía a Santo Domingo...

Todos ellos, en sus salidas por la televisión y radio, lograron, si miden sus efectos, un adoctrinamiento con más politización que tantos rezos y cánticos hechos por los marxistas o maoístas y los pseudos. Pero no ese adoctrinamiento religioso fanatizado, sino el que produce la risa, esa liberación de quien se reconoce y toma distancia, de quien no está “engrupido”, a quien no han logrado taladrarle el cerebro con una historia toda acomodada por otro que quiere quedar bien.

La irreverencia Garzón la usó cada minuto que vivió para comunicar –porque no hizo otra cosa consciente que comunicar, en este país de incomunicados– en realidad esta risa, que fue una bandera. Una consigna solitaria en este país arrodillado, y retórico. Un aprendizaje útil para tomar distancias irónicas, cada uno, frente a lo que nos venden como cierto y como bueno, que son sus entripados. Por eso cada cual pudo tener al Garzón de su medida. Y lo usamos, como un bastón, como una prótesis para llevar esta cojera de ser colombianos, sin entender qué somos. Por eso y después de asesinado, se lo dijeron a gritos, a llanto, a poemas, de una manera abrumadora, a este Garzón que tal vez no supo que él fuera tan significativo para este país, o no le interesaba saberlo. Porque no quería usar su prestigio para nada sino para comunicar. Y lo logró.

Por primera vez sentimos, por mayoría, frente al asesinato, vergüenza. Vergüenza honda de haber cometido ese crimen entre todos, por indiferentes, por impotentes, por desentendidos. Y Garzón muerto, así con su suéter blanco, como un ángel caído sobre el asiento, provocó el único duelo colectivo que este país haya hecho de manera expresa, hablada, escrita, cantada, llorada. Este país de muertos muertos y de muertos vivos, se estremeció y reaccionó y se contó. Vé, dijimos, no somos tan pocos ni estamos tan solos. Los armados, esos a los que hemos

**Suerte es todo lo que sucede cuando
la preparación y la oportunidad se encuentran**

mitificado y reverenciado, que no se ríen porque están enfermos, ellos, no alcanzan a ser ni un millón (por más que les sigan suministrando juguetes desde afuera para seguir jugando a matarnos), los desarmados podemos ser 34 millones. Será que ¿algo podemos hacer?

“Garzón, estás empezando tu mejor gestión de paz”, le dijo al vacío un oyente el sábado en Radionet... Y si hacemos algo, entre todos, consistente, con paciencia, con gracia, como lo hizo él cuando estaba vivo, pudiéramos conseguir una paz negociada que transforme este país. Y dentro de algunos años, Garzón podría reintegrarse al único cargo que ocupó alguna vez: alcalde menor de Sumapaz. **De Sumapaz.** Y sí... También la caja de embolador podrá ser un símbolo de esa paz trabajada, necesitada, sincera y humilde, a la que Garzón entregó su vida.

Agosto de 1999